

MÁS ALLÁ DE LA LIBERTAD Y LA DIGNIDAD*

B.F. Skinner

Hace algo más de un año, terminé el manuscrito de mi libro *Más Allá de la Libertad y la Dignidad* y lo envié a los editores. Pensaba haber terminado con este tema y poder dedicarme a otras cosas. Pero me esperaban dos sorpresas. En primer lugar, no estaba preparado para el hecho de que el libro se convirtiese en un *best-seller* puesto que en él no había ni sexo ni violencia. (Risas). Hubo mucha violencia sí, y esta fue la segunda sorpresa, en la reacción que causó el libro; en las críticas del libro hubo mucha amargura. Recibí cartas muy amargas, algunas de ellas francamente obscenas. Mucho de esto fue una total sorpresa porque hombres cuya opinión, hasta ese momento, yo había valorado grandemente, dijeron cosas muy desagradables acerca de mi libro. Un profesor de filosofía lo llamó "metafísica de aficionado; tecnología que se anuncia para venderse y política social antiliberal". Me pareció que debía haber algún error, me pregunté qué es lo que podía haber sido tan mal entendido. Pronto caí en cuenta que yo había cometido dos equivocaciones. Toda la argumentación del libro se basa en la existencia o, por lo menos, en la inmediata promesa, de una ciencia de la conducta; pero no hice ningún esfuerzo, en el libro, por demostrar una tal ciencia. Les estaba pidiendo a mis lectores que aceptaran mi palabra acerca de esa ciencia, o bien que buscaran en las referencias bibliográficas que les proporcionaba. Pero mis lectores no hicieron eso. Los críticos parecían creer que yo me pasaba el tiempo haciendo correr a ratas por laberintos o sonándole campanitas a los perros, al estilo de Pavlov; o bien que yo sostenía que la conducta humana no es sino un atado de reflejos. Si todo ello fuese cierto, las críticas al libro habrían sido muy justas; hubiese sido correcto asumir que, según yo, los hombres son simples *robots* o marionetas. Pero los hechos son muy distintos.

* Conferencia dictada en el Aula Magna de la UCAB el 4-2-72.

Sí existe una muy avanzada ciencia de la conducta. Se han realizado investigaciones con muchas especies animales, incluyendo al hombre. Esas investigaciones se realizan con un solo organismo por vez y, por tanto, no tienen bases estadísticas; sus resultados son muy consistentes y regulares. Lo que estas investigaciones muestran es que la conducta está estrechamente relacionada con el ambiente en el cual vive el organismo; pero no es la simple estimulación del ambiente la que causa que el organismo se comporte; el ambiente actúa, sólo, después de que el organismo se haya comportado; es el que proporciona consecuencias para la conducta que ha tenido lugar. La investigación se ocupa, realmente, de las razones que hacen que el organismo se comporte, en otras palabras, del propósito de la conducta. Este tipo de trabajo de investigación se lleva a cabo en cientos de laboratorios en todo el mundo, muchos de ellos muy bien equipados.

En un experimento tipo, se dispone un medio ambiente complejo y sensible en un laboratorio; ciertas consecuencias ambientales se hacen contingentes a, o dependientes de, la conducta que las produce. Al disponer de tal forma las contingencias, es posible producir nuevas formas de conducta o mantener la misma conducta para que se produzca más frecuentemente. Algunos críticos opinan que estas investigaciones son demasiado simples, pero cualquiera que haya visitado un laboratorio en el que se realice investigación avanzada, sabe que lo que ahí está sucediendo está muy lejos de ser simple.

Observando a un organismo que se comporta en un ambiente experimental, es difícil darse cuenta de lo que realmente está sucediendo. Lo que uno ve son distintos y variados estímulos; al organismo respondiendo de una cierta manera a las consecuencias de su conducta, pero las relaciones entre todo ello son difíciles de detectar. Pero, cuando se tiene experiencia con una situación de laboratorio, se pueden observar esas relaciones mucho más fácilmente. Y lo mismo es cierto cuando observamos el mundo real, fuera del laboratorio, donde resulta difícil, si no imposible, determinar por qué una persona se comporta como se comporta. La situación de laboratorio nos permite detectar, fácilmente condiciones y relaciones que, en el ambiente natural, serían muy fácilmente pasadas por alto.

En otras palabras, estamos descubriendo cosas acerca del ambiente que son relevantes a la conducta y que antes desconocíamos. Así vemos que muchas cosas que antes atribuíamos a la persona misma

pueden ahora ser atribuidas al ambiente; el ambiente sería el responsable de cosas que antes achacábamos a los sentimientos, a las inclinaciones o a los estados mentales del sujeto.

Sería difícil explicar todo esto aquí y ahora, pero trataré de ilustrarlo con un ejemplo. Tomemos, por ejemplo, el caso de la atención. ¿Por qué no respondemos por igual a todos los estímulos que nos afectan en un momento dado? La explicación tradicional propone que algo, dentro de nosotros, selecciona los estímulos. Hay algo, o alguien, dentro de nosotros que permite el acceso a ciertos estímulos mientras a otros los deja fuera. Desde luego, esto no explica nada a menos que podamos explicar al "hombrecito" dentro de nosotros que abre y cierra las puertas de la percepción.

Déjenme ahora explicarles un pequeño experimento con una paloma. La paloma se halla encerrada en un espacio experimental; hay una serie de estímulos que pueden ser controlados por el experimentador. La paloma está hambrienta y disponemos de un aparato dispensador de comida; en una pared hay un disco que la paloma puede picotear. Así, tenemos tres elementos: los estímulos, la respuesta posible de picoteo y las consecuencias que pueden ser reforzantes. Ahora, sobre el disco podemos proyectar distintos patrones de figuras simples; pueden ser de color rojo o verde, con un cuadrado o un triángulo. Podemos manejar la situación de modo que la paloma sea reforzada cuando picotee cierto dibujo pero no cuando picotea otro patrón distinto. Por ejemplo, cuando picotea el círculo rojo recibe comida, pero no la recibirá si picotea el verde; recibe comida si picotea el cuadrado, pero no si picotea el triángulo. O podría ser premiada con comida si picotea el cuadrado rojo o el triángulo verde, pero no si elige el cuadrado verde o el triángulo... bueno, ya me estoy confundiendo... pero les aseguro que la paloma lo encuentra muy sencillo. (Risas). Para complicar un poco la situación, ahora las imágenes se van desenfocando, pierden nitidez, de modo que cada vez se hace más difícil diferenciar el triángulo del cuadrado; los colores, también se van haciendo paulatinamente más débiles. En algún momento, la paloma ya no podrá discriminar. Pero en la pared de la caja hay otros dos discos; si la paloma picotea uno de ellos, los dibujos recobran su nitidez; si picotea el otro, los colores vuelven hacerse más intensos. Si el conseguir el alimento lo hacemos depender sólo del color, la paloma picoteará el disco que controla la intensidad de los colores y dejará que los dibujos se desenfocuen; por el contrario, si la discriminación depende de los dibujos, la paloma

eligirá la tecla, o disco, que mejora el enfoque de los dibujos en lugar de la que restaura el color. Si el conseguir la comida lo hacemos dependiente tanto de la discriminación de color como de la de figuras, entonces picoteará ambas teclas restauradoras.

De manera que podemos ver cómo, el hecho de que la paloma le preste atención a la figura o al color, dependerá de las condiciones que haya dispuesto el experimentador y no de ningún proceso mental interno de la paloma.

A medida que este tipo de trabajo progresa, podemos ir olvidándonos de los así llamados procesos internos; en otras palabras, conforme vamos comprendiendo la importancia del ambiente, nos resulta menos necesario el inventar actividades mentales internas. Cuando se descubre que el medio ambiente es tan importante, no necesitamos inventar explicaciones internas de la conducta. En este sentido, las personas somos como palomas; nos comportamos de la forma en que nos comportamos debido al ambiente, antes que debido a lo que pensamos o sentimos. Lo que las personas piensan y sienten es un producto, también, de ese ambiente.

Una filosofía conductista no niega la existencia de los sentimientos ni de la auto-observación, simplemente pone en duda si esas cosas son causa de la conducta o, en cierto sentido, sólo un sub-producto, un efecto.

Ustedes pueden creer que vinieron esta noche a asistir a esta conversación, simplemente porque les provocó; pero esa relación causal no es válida, no es cierta. Deberíamos adentrarnos en la historia personal de cada uno de ustedes para descubrir por qué están aquí; pero la causa estaría en su historia, no en sus sentimientos. La historia que nos explica por qué alguien vino hoy aquí, también nos explicaría por qué, ese alguien, siente que le provocó venir. Esta diferencia es de la máxima importancia.

Por siglos hemos tratado de cambiar la conducta humana cambiando los sentimientos, sin mucho éxito. Pero ahora podemos empezar a modificar el ambiente, con éxito. Al hacerlo vemos, no sólo por qué la gente se comporta como lo hace sino, también, por qué sienten como sienten.

Mi libro es, antes que nada, un esfuerzo por utilizar esta ciencia para comprender nuestra lucha por la libertad.

A menudo se supone que cuando uno habla de libertad o de dignidad está, necesariamente, hablando de metafísica. Pero es posible hablar, ya no de cosas llamadas libertad y dignidad, sino de la conducta de

ser libre o de la lucha por ser libre. Podemos observar a una persona que lucha, se esfuerza, por ser libre; esa es una conducta y puede ser estudiada como tal. En general, todos tratamos de evitar, o liberarnos, de cosas molestas, irritantes o peligrosas; y lo hacemos debido a nuestra dotación genética, por la forma en que estamos contruidos como organismos; nos refugiamos del sol candente para evitar las altas temperaturas, etc...

En la clásica lucha por la libertad, nos hemos preocupado de escapar de condiciones aversivas o punitivas que han sido dispuestas por otras personas. La literatura clásica de la libertad, los libros escritos para animar a la gente a luchar por la libertad, sugieren al lector cómo puede escapar de aquellos que lo tratan punitivamente, o cómo atacarlos para debilitar su poder punitivo. Todas éstas son formas de conducta humana y como tales pueden ser estudiadas.

Lo que ha sucedido en la lucha por la libertad es que hemos descubierto cómo liberarnos de controles despóticos, tiránicos, y, cuando hemos tenido éxito, hemos empezado a sentirnos libres. Pero hay un peligro aquí; porque cuando nos sentimos libres no somos necesariamente libres. Hay formas de controlar a la gente y bajo las cuales pueden sentirse libres.

Así, la clásica lucha por la libertad se ha atenido a una sola clase de control. El error ha consistido en suponer que cuando uno hace lo que quiere hacer, entonces es libre. Esa posición obvia el hecho de que hay razones por las cuales uno quiere hacer lo que quiere hacer, y es muy peligroso descuidar esas razones porque pueden ser utilizadas para controlarnos, de la misma manera en que se utiliza el castigo.

El sentirse libre o no, no es una guía confiable; ese sentimiento de libertad no le asegura a uno que no está siendo manipulado por alguien.

El punto de vista científico sostiene que siempre estamos bajo control, y deberíamos indagar acerca de los métodos de control para poder disponer las cosas de manera que seamos libres de las clases de control de las que luchamos por liberarnos. Debemos tomar en cuenta esta realidad y, entonces, ocuparnos del hecho del control, sea cual sea su naturaleza.

La conducta puede ser controlada de tal manera que nos permita sentirnos libres aunque estemos controlados y si tenemos que decidir si queremos ser controlados o no, nuestros sentimientos al respecto no son realmente confiables.

Debe haber alguna otra forma que nos permita distinguir entre las clases de control que permitiremos y aquellas otras que rechazaremos. El análisis conductual de los procesos involucrados son, me parece, el mejor enfoque.

No hay duda de que existe una Ciencia de la Conducta y una muy amplia tecnología del control; el negar este hecho, con el fin de no tener que enfrentar sus consecuencias, sería una muy grave equivocación; sería una pésima estrategia el no reconocer los hechos.

Permítanme, en primer lugar, esquematizar brevemente, con algún ejemplo, cómo las personas somos controladas por medio de los métodos descubiertos en el laboratorio.

En los hospitales para psicóticos, las condiciones ambientales son, a menudo, deplorables. Las personas en una sala de esos hospitales llevan lo que, en justicia, podemos llamar unas vidas no dignas. Tienen muy pocas oportunidades de comportarse de maneras que pudiésemos llamar interesantes y existen muy pocas consecuencias recompensantes. Se puede producir un gran cambio en una de esas salas empleando lo que se llama una "economía de fichas", es decir, usar una especie de dinero sintético. Al psicótico se le paga una cierta cantidad de "dinero" por mostrar las conductas requeridas por los gestores de la Institución y que son importantes, también, para el psicótico. Esto ha sido probado en muchos hospitales de los Estados Unidos y parece no haber dudas de que se le pueden dar, incluso a psicóticos graves, razones o motivos para comportarse bien. Puede que esos pacientes no sean normales pero son anormales que se comportan bien. En otras palabras, se puede diseñar un ambiente en el cual esas personas se comporten razonablemente bien. Lo mismo puede hacerse con los retrasados mentales; necesitaremos, también, un medio ambiente especial para que se comporten adecuadamente.

Algo de esto mismo se ha hecho con delinquentes juveniles en escuelas técnicas. Generalmente, el ambiente en una de esas escuelas se caracteriza por las conductas agresivas y no cooperativas. El delincuente está sólo esperando la oportunidad para salir de ahí; no hace nada provechoso con el tiempo que pasa en esa escuela. En una de esas instituciones, sin embargo, se diseñó un nuevo ambiente. El estudiante-recluso no tenía que hacer nada; podía dormir en el dormitorio común, comer alimentos nutritivos pero no muy apetitosos, y podía quedarse sentado todo el día sin hacer nada. Pero, si quería, podía ganar puntos con los que mejorar notablemente su condición; por ejemplo, podría rentar una

habitación privada, tener acceso a mesas de billar y a otros entretenimientos, podía alquilar su propio televisor, incluso podía "comprar" un día libre fuera de la escuela. Los puntos para todo ello podía ganarlos dando las respuestas correctas en los exámenes de los cursos que tomase; por materias adicionales podía conseguir también puntos adicionales al aprobar las respectivas pruebas.

Bajo estas condiciones, la atmósfera de la escuela cambió notablemente. Subió la moral y los estudiantes comenzaron a adquirir el tipo de destrezas que les permitirían ser más exitosos al dejar la escuela. En el primer año, después de dejar la escuela, un 25% de ellos tuvieron problemas de nuevo; sin embargo, el porcentaje habitual anterior era del 85%.

Desafortunadamente, esta historia no tiene un final muy feliz. Después de tres o cuatro años, los efectos de ese ambiente especial parecen desaparecer. Esto sólo quiere decir que lo que hay que cambiar es el ambiente del mundo externo. Los estudiantes ex-reclusos salían a un difícil ambiente exterior en el que resulta muy difícil vivir bien.

Un trabajo similar se está realizando para rediseñar los planes de incentivos en las industrias. Así, en fábricas con líneas de montaje, hay muy pocos de los que trabajan en ellas a quienes les gusta ese tipo de labor, pero es posible modificar la relación entre la conducta y las consecuencias recompensantes, de manera que el obrero labore eficientemente y con agrado.

No hay duda de las potencialidades que ofrece la tecnología de la conducta; pero, desde luego, la pregunta que de inmediato se hace es: ¿Quién utilizará el poder de esta tecnología? ¿Quién será el que controle y quién controlará al controlador? Y, ¿cuáles serán los resultados? Estas son preguntas que sin duda debemos hacernos y que debemos contestar muy cuidadosamente. El primer paso para responderlas consiste en reconocer el hecho de que todos estamos siendo controlados todo el tiempo.

Algunos de mis críticos parecen querer decir que yo trato de introducir el control en nuestro mundo actual, mientras que la literatura de la libertad parece propugnar el que nos liberemos de los controles. Pero el problema no consiste en librarnos del control o en introducir el control, sino en cambiar el control. Los padres controlan a los hijos de múltiples modos, así como los hijos también controlan a los padres. Los maestros controlan de muchas maneras a los estudiantes, pero también los estudiantes

controlan a sus maestros. Los gobiernos controlan a sus ciudadanos y viceversa. Y toda esa gente controla bastante mal y los resultados de todo ello no son muy felices. (Aplausos)

El patrón usual de control, del cual es un ejemplo la literatura de la democracia, es una especie de lucha entre el controlador y el controlado. Esa ha sido la historia de las luchas para librarse de gobiernos tiránicos, o la lucha marxista para liberar al obrero de la opresión del capital; en otras palabras, se asume que hay dos tipos de personas con intereses contrapuestos y que, de alguna forma, mantendrán al otro bajo control. Pero los resultados de un sistema tal no son buenos. En un sistema de incentivos, por ejemplo, tenemos de un lado al propietario, o gerente, que desea obtener el máximo de trabajo por la mínima paga; por el otro lado tenemos al obrero que aspira a la máxima paga por el mínimo de trabajo. Ambos luchan, negocian y llegan a un acuerdo que no genera objeciones demasiado fuertes en ninguna de las dos partes; pero es poco probable que ninguno de ellos considere la posibilidad de un sistema mucho más productivo. Debemos reconocer el hecho de que un sistema cultural debe producir la mayoría de los bienes que consume; pero es posible concebir un sistema bajo el cual los trabajadores produzcan más, mejor y en forma más agradable. Ese sistema no puede ser el resultado del enfrentamiento entre partes encontradas, sino resultado de la actuación de una tercera parte que se ocuparía, y preocuparía, del sistema conductual todo. Y esto puede hacerse, en parte, porque a la larga mejores incentivos son provechosos, tanto para la gerencia, como para los trabajadores. Pero, ¿quién será esa tercera parte? ¿quién se preocupará de desarrollar y conseguir mejores sistemas de incentivos? ¿será una figura totalitaria o debiéramos, más bien, confiar en la compasión y benevolencia de esa persona? La búsqueda de una garantía contra el mal uso del control, simplemente asegurándonos de que el controlador sea, a su vez, controlado, no es la única manera.

Abundan los ejemplos clásicos de gente maltratada, gente que ha tratado de remediarlo y mejorar su situación, buscando personas benevolentes o compasivas. Esta es, de nuevo, la equivocación de buscar, dentro de la persona, las explicaciones de su conducta.

Hay cinco áreas en las que hallamos ejemplos clásicos de maltratos. Por ejemplo, el trato dado a los niños pequeños, maltratados por sus padres o, en el caso de niños abandonados, por hogares o instituciones especiales. Ahí tenemos una larga historia de maltratos. La razón no es

que los padres no sean compasivos ni benévolos o que no lo sean las personas que administran esas instituciones, la razón está en que los niños pequeños no pueden defenderse ni resarcirse; existe, pues, un contracontrol defectuoso.

Lo mismo ocurre con el trato dado a los ancianos; éstos son, de nuevo, ejemplos clásicos de maltratos. Y no se debe, tampoco, a que los familiares, o los administradores de ancianatos, no sean personas benévolas y compasivas, sino, simplemente, a que no se toman acciones de resarcimiento contra ellos.

Las cárceles son otro clásico ejemplo de maltratos infligidos a seres humanos; en las cárceles se ve, claramente, que los guardianes están totalmente libres de cualquier acción de contracontrol. Los hospitales psiquiátricos, los hogares para retrasados, han mostrado siempre ese mismo patrón.

Sería un error tratar de mejorar situaciones como las mencionadas, simplemente, buscando personas compasivas y benévolas. Bajo las condiciones citadas, personas que han sido bondadosas en el pasado cambian, se hacen descuidadas y, eventualmente, hasta crueles.

En un sentido, todo lo mencionado se relaciona con la pregunta general de si la sociedad toda caerá en manos de un dictador benévolo o uno malvado. No se trata de que debemos buscar la bondad ni la compasión de nadie, sino de fijarnos en las condiciones bajo las cuales se da el control. Un simple equilibrio de control y contracontrol, no sería suficiente.

Si vemos hacia el futuro y al empleo de una tecnología conductual, no debemos confiar su uso a personas benevolentes; debemos asegurarnos, en cambio, de que la cultura sea de tal forma que la gente se comporte benévolamente. Se trata, en fin, de la lenta evolución de una cultura en la cual el control sea bien empleado.

En el pasado ha sido posible que hayan habido individuos que han acumulado poder y lo han utilizado mal; lo han hecho porque el resto del mundo les ha permitido hacerlo. Pero debería ser posible diseñar un mundo en el que aquellos que tienen el poder lo empleen benévola y compasivamente y eso puede lograrse si nos aseguramos de utilizar nuevas técnicas que nos permitan cambiar las prácticas sociales en lugar de pretender eliminarlas. Este es un problema práctico cuya solución podrá depender de un ingeniero conductual, un ingeniero que se preocupe por el futuro y por su propio modo de vida.

Es como el problema del ocio, del tiempo libre. ¿Qué hace la gente cuando no tiene nada que hacer? Por medio del desarrollo de un mejor ambiente físico hemos hecho innecesario el pasar largas horas diariamente buscando comida, huyendo de enemigos o produciendo los bienes que necesitamos; así, nos encontramos con mucho tiempo libre en el cual no tenemos que hacer nada o, en otras palabras, en el que las condiciones que nos controlan no son muy importantes. ¿Qué es lo que, de hecho, sucede? Es característico de las clases ociosas que, por ejemplo, se dediquen a los juegos de azar, de apuestas, en los cuales consecuencias sin ninguna importancia se convierten en muy importantes por la forma en que se relacionan con la conducta, aplicando al apostador lo que se conoce como un programa de reforzamiento. Ese mismo programa convertirá también en apostadora a una paloma.

Otra característica de las clases ociosas es el derivar hacia el alcohol y las drogas, o el convertirse en espectadores de otros sujetos que viven peligrosamente, tal como en el circo romano o en los deportes modernos.

Todas esas no son las únicas cosas que hace la gente cuando no tiene nada que hacer; y ello es afortunado porque una vida de esa clase no desarrollaría al individuo. Uno podría pasarse toda la vida jugando, bebiendo y viendo cómo se comportan otras personas y, al final de la vida, uno no habría cambiado en nada. No hubiese desarrollado ninguna de sus habilidades, o talentos, ni hubiese hecho ninguna contribución para el resto de los hombres.

También son características del ocio algunas cosas más dignas de admiración. El arte sólo florece cuando hay alguien que apoye al artista brindándole tiempo libre; esto es cierto de la literatura, la música y, en última instancia, una cultura se torna hacia la ciencia y la exploración sólo cuando dispone de tiempo libre. Y todas esas cosas son buenas, tanto para el individuo como para la cultura. La gente se desarrolla, evoluciona, haciendo esa clase de cosas y, así, desarrollan a la cultura; producen cosas que otras personas disfrutan y, en el caso de la ciencia y la exploración, descubren cosas nuevas que siguen desarrollando.

Hay, pues, dos clases de cosas que uno puede hacer con su tiempo libre: una no es productiva; la otra, muy productiva. La dificultad estriba en que la primera categoría de cosas es mucho más fácil; pero se requiere de una cultura ya bien desarrollada para producir las de la segunda clase. Si se deja al individuo que haga lo que más le satisfaga, lo que le dé la gana,

lo más probable es que elija la forma cómoda y fácil; cuando hace esa elección la cultura es la que sale perdiendo y, a la larga, una cultura que no cambie, no modifique lo que la gente hace cuando no está haciendo nada, será una cultura más débil y será menos probable que sobreviva.

Nos enfrentamos hoy a muy serios problemas. Muchos de nosotros nos preocupamos por lo que llamamos un estilo de vida democrático y la mayoría de la gente, cualquiera sea su estilo de vida, se preocupa por el futuro del mundo. ¿Cómo vamos a resolver esos problemas? Exígen muchos aportes de la ingeniería conductual que pueden hacer que las cosas productivas que la gente puede hacer sean vistas como tan divertidas y agradables como aquellas otras no productivas. Pueden hacer que la gente pueda sentirse libre llevando el tipo de vida que no amenace a ninguna cultura ni al futuro del mundo. Esta es la promesa que nos ofrece una mejor comprensión de la conducta humana. No creo que ésta sea, en absoluto, la promesa de un Estado totalitario. Esto ocurrirá, esa promesa se cumplirá, cuando aquellos que hoy controlan la conducta aprendan a ejercer un mejor tipo de control, enseñando a los maestros a enseñar mejor, a los terapeutas a manejar más efectivamente a sus clientes, haciendo que ciertas condiciones sean más efectivas para aumentar la producción, etc... Nada que no sea una comprensión científica de la conducta hará nada de esto posible.

Algunos de mis críticos han hablado de que, en el análisis de mi libro, el término "fascismo" se sugiere a menudo. Si bien son lo suficientemente amables como para decir que yo, personalmente, no soy fascista, sí afirman que mi libro es una apología del fascismo. Desde luego que sé que todos los regímenes fascistas, hasta la fecha, han gobernado por medios punitivos, coercitivos; pero también sé que todo mi trabajo científico ha estado dedicado a buscar alternativas a esos métodos coercitivos. Ciertamente que no estoy hablando de mejorar esos métodos fascistas pero, si una ciencia y una tecnología de la conducta son efectivas, brindarán soporte y ayuda a cualquiera que desee mejorar su forma de vida. La verdadera cuestión es si esa ciencia brindaría una base científica al fascismo; esa es una cuestión bien distinta.

Uno de los puntos de mi libro es si una filosofía democrática puede, o no, de una u otra forma, hacer imposible que un estilo de vida democrático pueda aprovecharse de una ciencia de la conducta. Y hasta cierto punto, la reacción violenta a mi libro confirma mis temores de que, de una manera u otra, la historia de la lucha por la libertad nos ha llevado a un

punto en el cual parecería imposible utilizar, emplear, la comprensión científica. Si esto es así, sería un desastre puesto que ha sido, precisamente, el talante democrático el que ha hecho posible el florecimiento de las ciencias y, en particular, el de la ciencia de la conducta. Sería una tragedia si, por una u otra razón, el pueblo democrático no pudiese emplear el conocimiento acerca del comportamiento humano. No creo que éste vaya a ser el caso. Creo que cuando los temas en discusión se aclaren, la gente comprenderá las muy grandes ventajas derivadas de una tecnología de la conducta y serán capaces de prever las condiciones bajo las cuales esa tecnología pueda ser empleada.

Gracias. (Aplausos)

Preguntas del público asistente.

P. ¿Estaría usted de acuerdo con la afirmación de que los regímenes fascistas del pasado reciente manipularon a las personas empleando las técnicas de la ciencia de la conducta?

R. Creo que, en efecto, los sistemas fascistas manipulan la conducta humana. Al igual que lo hacen los sistemas democráticos. Creo que el pueblo inglés, durante la Segunda Guerra Mundial, fue tan controlado como el pueblo de la Alemania nazi. Pero los ingleses fueron controlados de manera muy distinta y que demostró ser más efectiva.

No creo que lo que yo denomino ciencia de la conducta estuviese disponible en la Alemania nazi y me alegro mucho de ello, de la misma forma que me alegro de que no llegasen a desarrollar la bomba atómica.

No dudo ni por un momento que la ciencia de la conducta puede ser trágicamente mal empleada. Por ello, precisamente, es que quiero que sea el sistema democrático el que haga el mejor uso de ella.

P. ¿Diría usted que los factores genéticos, hereditarios, no son importantes como determinantes de la conducta?

R. No dudo ni por un instante que la dotación genética de las especies, y la de un individuo de una especie, es tremendamente importante. A menudo se asume que el conductista niega la contribución genética; simplemente, eso no es cierto. Pero, al prestarle atención a lo genético, no nos escapamos del control ambiental porque es el ambiente el responsable de la evolución de las especies. En mi libro siempre combino ambos aspectos y me refiero a las historias personal y genética.

P. ¿Por qué, si el medio ambiente es el determinante de la conducta, no nos comportamos todos igual cuando nos hallamos en el mismo ambiente?

R. Creo que usted se equivoca al creer que yo me refiero a la influencia del ambiente sólo en un momento o instante. Aquí estamos todos en un mismo ambiente, pero cada uno de nosotros tiene historias individuales de contextos ambientales diferentes y el cómo, cada uno de nosotros, reaccione en esta situación presente, dependerá de cómo hemos reaccionado en otras situaciones del pasado.

El punto de vista científico no niega la individualidad de cada uno. Cada una de las células de nuestro cuerpo es tan única e individual como nuestras huellas dactilares y cada uno de nosotros tiene una historia absolutamente individual. No hay espacio para la regimentación uniforme en una cultura controlada.

P. ¿Por dónde empezaría usted la implementación de un ambiente controlado dadas las situaciones presentes, tanto nacional como internacionalmente? Me refiero a los intereses egoístas, el afán de poder de grupos de presión, etc.... y considerando la resistencia de todos ellos a ceder el poder.

R. Esta pregunta es un buen ejemplo de los comentarios que hice respecto a las limitaciones del control y del contracontrol. En el mundo de hoy tenemos una situación en la que tratamos de alcanzar alguna clase de equilibrio entre distintos poderes; algo parecido al regateo y la discusión entre gerentes y trabajadores a los que me referí. Se dice que las naciones están gastando doscientos mil millones de dólares al año en armamentos y, en un sentido muy real, esto representa una pérdida total. Cada año debe gastarse una cifra semejante y el único resultado obtenido es una paz muy inquietante. La pregunta que se plantea es cómo se podría alterar, interrumpir, ese sistema actual. ¿Cómo se hace para lograr que la gente ceda poder, ceda autonomía el poder centralizado, en aras de un sistema mejor? Si tuviera la respuesta a esto no estaría aquí esta noche; estaría haciendo algo al respecto. (Aplausos)

Pero sí creo que puedo decir algo en cuanto a cómo hallar las respuestas a esas interrogantes. Si cualquier gran empresa o corporación tuviera un despilfarro de la magnitud mencionada, iniciaría de inmediato un plan de investigación y desarrollo para averiguar cómo evitarlo; quizás un presupuesto al efecto de alrededor del 10% sería muy razonable. Así, si pudiésemos convencer a los gobiernos del mundo de invertir un 10% de

esos doscientos mil millones para averiguar cómo evitar tan enorme despilfarro, podríamos entonces hacer algo al respecto.

Con veinte mil millones anuales podríamos “comprar” mucha comprensión; podríamos enviar a mucha gente a conocer otros países; podríamos hallar soluciones. Pero, como se desprende de la pregunta misma, el tipo de contracontrol actual (USA contra Rusia, Rusia contra China, China contra USA, etc...) no nos permitirá alcanzar una solución. Es necesaria una tercera parte, o fuerza, que no esté involucrada con esos intereses y que tome sólo en cuenta el futuro del mundo.

P. ¿Podría explicarnos qué beneficios obtuvo de mantener a su hijita encerrada en una caja durante dos años y medio? ¿Cuál era su horario? ¿Cuántas horas pasaba en la caja?

R. La pregunta se refiere a un dispositivo que inventé, hace veintisiete años, para ayudarnos a cuidar a nuestra segunda hija. El mundo parecía estar llegando a su fin y mi esposa y yo esperábamos otro hijo. A mi esposa no le preocupaba un segundo hijo, pero sí temía al primer año; así que me dije: ¿por qué no simplificamos al máximo el cuidado del nuevo bebé?. Y, ciertamente, así lo hicimos.

La llamada “caja” es, de hecho, una cuna pero rodeada, encerrada, en plástico transparente, con calefacción y humidificador. La niña llevaba sólo un pañal y pasaba en ella el mismo tiempo que cualquier niño pasa en una cuna ordinaria; dormía, siesteaba en ella o jugaba ocasionalmente cuando estaba despierta. Funcionó muy bien. Tenemos dos nietas; una de ellas ya se “graduó” de la caja y la otra, muy joven, todavía está en ella. (Risas)

De hecho, miles de bebés han sido criados de esa manera con muy buenos resultados.

Nuestra hija, la de la “caja”, es hoy una artista y vive en Londres. Pasamos con ella las últimas Navidades. Han circulado toda clase de rumores acerca de ella; según uno, ella se convirtió en psicótica; según otro, se habría suicidado. Todos estos rumores son esparcidos, con gran placer, por ciertas personas. La imagen que se pretende crear con esos rumores es la del científico conductual, cruel y sin corazón, que destruye a su propia familia. Pero no hubo nada de eso. (Aplausos)

P. ¿Cómo se explicaría la conducta masoquista? es decir, ¿qué es lo que es gratificante para ellos? ¿Qué los refuerza?

R. Yo no sé por qué algo refuerza a alguien. Si planifico reforzar a alguien tengo que averiguar primero qué es reforzante para ese alguien.

Existen ejemplos anómalos, no naturales, refuerzos anormales. Así, tenemos el caso de la heroína; no sirve a ningún fin natural.

¿Por qué un masoquista es reforzado al ser castigado? Me resulta confuso; pero tampoco estoy muy seguro de saber por qué la comida refuerza a una paloma hambrienta.

No hay manera de predecir qué cosa será un refuerzo en un momento dado; a menudo, acertamos basándonos en nuestra propia experiencia, pero también podemos equivocarnos. En el caso del masoquista, somos muchos los que nos mostramos confusos.

Es posible, sin embargo, disponer, o arreglar, una situación de tal manera que un organismo, por ejemplo una rata, busque, acepte, un shock eléctrico con el fin de obtener otro refuerzo. Una observación superficial nos haría ver una rata masoquista; pero nosotros sabemos que no se trata de eso porque conocemos la historia de la rata. También podríamos entender la conducta del masoquista si conociésemos su historia.

P. Siempre que se habla de control nos referimos al control externo. ¿Habría la posibilidad de un autocontrol, o control interno, y cuáles serían sus ventajas y desventajas?

R. Ni por un momento niego la actividad que denominamos autocontrol. Mi libro de texto "Ciencia y Conducta Humana", me dicen que es el único libro de psicología que tiene todo un capítulo dedicado al autocontrol. Sin embargo, es un error suponer que el autocontrol es lo mismo que el control interno, ya que debe adquirirse a partir del ambiente externo, aunque mucho de ello continuará ya internamente, de la misma manera en que una persona puede hablar consigo misma, aún cuando sólo puede aprender a hablar a partir del ambiente externo. Creo que un ser humano criado en solitario, sin un ambiente social, nunca ejercitaría, o practicaría, el autocontrol ni se observaría a sí mismo, ni estaría consciente de sí mismo. Tanto el autocontrol como el autoconocimiento son productos sociales.

P. ¿Cuál es su concepto de Ciencia?

R. Creo que Ciencia, en el sentido más amplio, simplemente quiere decir conocimiento. Esa es, justamente, la etimología del término. Pero la práctica científica se refiere a una cierta forma del conocer y creo que esas formas científicas de conocer han demostrado su poder por el éxito que

han tenido. También creo que los métodos desarrollados por la Física o la Biología pueden ser igualmente aplicados a una ciencia de la conducta cuando la conducta se relaciona, o es atribuída, al ambiente.

P. ¿Cómo explicaría usted el aprendizaje por discernimiento?

R. Yo no creo que ese aprendizaje ocurra, que se dé. Creo que el término se refiere a nuestros intentos por explicar aprendizajes que todavía no hemos analizado completamente.

(Aplausos)